

Palabras jamás comunes: José Triana (1931-2018)

Murió José “Pepe” Triana un triste domingo, el 4 de marzo de 2018, en París, donde había residido desde 1980, después de exiliarse de su país natal. Cuando salió de Cuba, Triana ya era un dramaturgo exitoso, aunque silenciado por la política cultural del régimen castrista. Llevó consigo, entre recuerdos y galardones, el Premio Casa de las Américas (1965) por *La noche de los asesinos* (1964, primera versión 1958), que se estrenó en La Habana en 1966. Es esta la obra que consagró su fama nacional e internacional luego de estrenarse en París, Londres y Nueva York, entre muchas otras capitales europeas y latinoamericanas.

José Triana nació en 1931, en Hatuey (provincia de Camagüey), pero a los nueve años su familia se trasladó a Bayamo en la antigua provincia de Oriente. De ahí en adelante, Pepe (como todos lo conocíamos) consideró este su pueblo natal, y es donde a temprana edad emprendió su largo y fructífero viaje como escritor. Aunque todavía muy joven, compuso poemas bajo la influencia de los consagrados como Mariano Brull, Alfonsina Storni, Gabriela Mistral y José Martí. El año 1954 marca un hito definitorio para Pepe Triana, cuando ve en La Habana un montaje de *Las criadas* de Jean Genet. Deslumbrado por el texto y por la puesta de esta obra, decide dedicarse al teatro. En 1955 se instala en Madrid y aprovecha su estadía ahí para pulir su formación teatral. Trabaja como actor y asistente de director, viaja a importantes mecas teatrales como París y Londres y escribe su primera obra teatral, *El Mayor General hablará de Teogonía* (1956). Aun así, sigue escribiendo poesía (como lo hará toda la vida) y publica en Madrid el poemario *De la madera del sueño* (1958).

Habiendo dejado atrás Cuba por primera vez durante el régimen de Batista, Triana vuelve semanas después del triunfo de la revolución castrista, esperanzado por la promesa de esta. Trae consigo la experiencia de las tendencias más vanguardistas del teatro europeo del momento y con ellas se da a la tarea de renovar el teatro cubano. Dos obras suyas se estrenan en La

Habana en 1960: *El Mayor General...* y la recién escrita *Medea en el espejo*. Poco después se estrenan *El Parque de la Fraternidad*, *La casa ardiendo* y *La visita del ángel* (1962) y *La muerte del Ñeque* (1963). Sus obras se publican en Cuba, y con la *Noche de los asesinos*, la fama del joven dramaturgo se traspasa a otras tierras, lejanas y cercanas. En 1972 escribe *Revolico en el Campo de Marte*, en 1973 termina de escribir *Ceremonial de guerra* y en 1979 empieza a escribir *Palabras comunes*. Pero para estas fechas, las piezas de Triana ya no se montan en Cuba; él ya no es considerado el *wunderkind* del teatro cubano sino un contrarrevolucionario por no ajustarse a las pautas establecidas en la “Declaración de Principios del Primer Seminario Nacional de Teatro” organizado por el Consejo Nacional de Cultura en diciembre de 1967. Este documento marca un cambio radical de dirección para las artes en Cuba, desde la apertura y modernización inicial a una política cultural cerrada y ajustada a los principios ideológicos de la revolución. No hay cabida para Triana en este nuevo espacio; se le quita el carnet de la UNEAC, se le manda a trabajar a una fábrica de libros y, poco después, a su casa a ser lector de textos marxistas. Ante este exilio interno, Triana y su esposa Chantal Dumaine optan por el exilio externo y se van a París.

En París, tras unos años de silencio artístico, Triana se adapta a su nueva situación en un nuevo ambiente artístico, pero uno nunca alejado anímicamente de la patria. De hecho, Cuba siempre había sido y seguía nutriendo su método artístico. Triana adapta la clásica *Medea* al solar habanero, crea personajes que son metáforas de aquellos en la historia cubana, evoca los ritmos de los ritos afrocubanos y denuncia el racismo y la miseria de los desposeídos cubanos de la clase baja. En obras del exilio como *Palabras comunes* (1979-1986), la historia cubana es absolutamente explícita y su relación con el presente siempre implícita. Sus palabras nunca dejan de estar ancladas en Cuba.

Estas fueron palabras que a mí me inspiraron como una muy joven investigadora de teatro latinoamericano. Me inicié con un artículo sobre *La noche de los asesinos* publicado en la *Latin American Theatre Review* en 1978, que para sorpresa mía, le gustó mucho a Pepe. No pocos años después me quedé pensando que yo me había equivocado algo, si no mucho, al leer la obra tan fuera de su contexto cubano. Así lo planteé la última vez que vi a Pepe, durante un congreso sobre “Teoría y práctica del teatro cubano del exilio” que se celebró en Miami en 2012. Él no estaba de acuerdo conmigo y se lo agradecí, pero aún sigo con la duda. De lo que no dudo es que Pepe Triana ha marcado mi vida, en lo académico así como en lo personal. La primera vez que lo conocí se quedó

sorprendido de que yo era mujer y no hombre, por mi nombre, tan poco común en inglés y aun menos en español. Esa sorpresa me hizo reír y encariñarme con ese cubano tan encantador y halagador de mi pequeño artículo, escrito con admiración pero con palabras mucho más comunes que las de él. En otra ocasión lo vi brevemente en París, donde hablamos poco por lo apretado del tiempo, pero logré conocer a Chantal, la pareja que siempre estaba a su lado desde que se casaron en 1968. La próxima vez que nos encontramos fue en Grecia, donde compartimos largas horas de conversación que culminaron en una recopilación mía de artículos escritos por estudiosos de la obra de Pepe, con el título de *Palabras más que comunes: ensayos sobre el teatro de José Triana* (Society of Spanish and Spanish American Studies, 1994). Viajamos juntos a Epidaurus, donde vimos el gran teatro ático de los griegos, y donde nos metimos los pies en un pozo de agua cristalina, y hablamos de lo que es estar dentro y fuera de una revolución, de estar con la revolución pero en contra de “La Revolución”. Aprendí mucho y también me divertí. La última vez que estuve con Pepe y Chantal fue en Miami. No sabía de seguro pero sí intuía que los abrazos que nos dimos pudieran ser los últimos. Y así fue. Voy a echar mucho de menos a Pepe, a pesar de que solo nos veíamos muy de vez en cuando. Le agradezco su compañía durante mi travesía en este mundo y mucho le agradezco la riqueza de sus palabras, sabias y jamás comunes.

Kirsten F. Nigro

The University of Texas at El Paso